

D21  
5458

ESTA OBRA ES PROPIEDAD DE MARIANO GALVAN RIVERA, Y NO SE PUEDE  
REIMPRIMIR SIN SU PERMISO.



FONDO  
FERNANDO DIAZ RAMIREZ



# HISTORIA DE LAS AMERICAS.

## PRÓLOGO.

**INTRODUCCION.** *Primer viage de Cristóbal Colon al Nuevo-Mundo: descubrimiento de algunas islas: la nueva poblacion del puerto de Navidad en Haití. Regreso de Colon á España: concesion hecha por la Santa Sede á la corona de Castilla: reclamaciones del rey de Portugal: segundo viage de Colon al Nuevo-Mundo: fundacion de la Isabela en la Española. Descubrimiento de Jamaica: llegada de D. Bartolomé Colon á la Española: prision de Caonabó. Derrota de un ejército de indios en la Española: el almirante regresa por segunda vez á Castilla. Fundacion de la ciudad de Santo Domingo: derrota del rey Guarinoex. Motin de Francisco Roldan. Aprehen-sion de los reyes Mayobanex y Guarinoex: tercer viage de Colon al Nuevo-Mundo: su expedicion á Tierra firme y su regreso á la Española. Sumision de Francisco Roldan: expedicion y excesos de Alonso de Ojeda. Prision del almirante y sus hermanos: descubrimiento de las playas del Brasil. Nicolás de Ovando, gobernador de la Española: cuarto y último viage de Colon al Nuevo-Mundo. Muerte de Cristóbal Colon. Expedicion de Juan Diaz de Solis y Vicente Yañez Pinzon: expedicion de Sebastian de Ocampo á Cuba: viage de Juan Ponce de Leon á Puerto-Rico: pretensiones de Don Diego Colon. Don Diego Colon toma posesion del gobierno de la Española: colonizacion*

oc-  
del  
re-  
de  
ar-  
on.  
ter-  
cio  
se  
sus  
que  
nti-  
en-  
de  
sia,  
y el  
las  
de  
su  
que  
ica  
res.  
la  
ga-  
ve-  
de  
olo  
de  
En  
do  
las  
go-  
de  
es-  
El  
rú-  
ea-  
sta  
an-  
no-  
sas  
á  
ifi-  
los



*de la isla de Jamaica. Expedicion de Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa á Tierrafirme. Colonizacion de San Juan de Puerto-Rico: colonizacion de la isla de Cuba. Regreso de Don Diego Colon á Castilla: descubrimiento del río de la Plata. Esfuerzos de Bartolomé de Las-Casas en favor de los indios: diputacion de los religiosos de San Gerónimo: expedicion de Francisco Hernandez de Córdoba á Yucatan. Los religiosos gerónimos son llamados á Castilla: expedicion de Juan de Grijalba á las costas de México. Modificacion del sistema de repartimientos: nuevo proyecto del Lic. Las Casas: expedicion de Hernan Cortés á México. Descubrimiento del estrecho de Magallanes: Don Diego Colon vuelve á hacerse cargo del gobierno de la Española. Muerte de Magallanes: resultado de su expedicion. Breve ojeada sobre las islas del mar de las Antillas.*

INTRODUCCION. Antes de ocuparnos de las extraordinarias empresas que los españoles acometieron á fines del siglo XV, presididos por el genio y constancia de un ilustre genovés, necesario es dar una breve ojeada sobre los hechos históricos que facilitaron de un modo indirecto el descubrimiento del Nuevo-Mundo, cuyo gran suceso no debe considerarse como un hecho enteramente aislado; pues á él contribuyeron sobremanera las empresas marítimas de los pueblos de la antigüedad, como tambien los estudios de épocas menos remotas. Nadie ignora que algunos habitantes de los primeros tiempos, excitados por las necesidades del comercio, no solo emprendieron difíciles viages por medio de los desiertos, sino que tambien se atrevieron á recorrer las costas en frágiles é insignificantes barquillas. Los egipcios, poco despues de la fundacion de su monarquía, navegaron por el golfo Arábigo y por las costas occidentales de la India, nada mas que para cambiar sus efectos de comercio con los de los habitantes de otros paises. Estas expediciones duraron poco tiempo. Los fenicios, deseando que su patria adquiriese preponderancia por medio de las negociaciones mercantiles, procuraron extender por todas partes su comercio, se aventuraron á pasar las columnas de Hércules y descubrieron las costas occidentales de la antigua Hesperia. Los judíos, á quienes estimuló la ambicion de los fenicios, acometieron á ejemplo suyo algunas expediciones marítimas. Los cartagineses, que trataron de imitar á sus fundadores los fenicios, navegaron por el norte y occidente de Europa, pasaron el estrecho de Gibraltar, dieron la vuelta á la península española, bajaron por las costas de África y descubrieron las islas Canarias, que sirvieron de límites por muchos años á la navegacion de los pueblos del viejo mundo.

El espíritu de curiosidad movió muy pronto el ánimo de algunos hombres atrevidos y amantes de la observacion: la historia nos refiere los viages de Hannon y de Himilcon, á quienes se debieron los

descubrimientos de la isla de Gorea y mucha parte de la costa occidental de África. Herodoto cuenta que una flota egipcia salió del mar Rojo 604 años antes de Jesucristo, dió la vuelta al África y regresó á su pais por el estrecho de Gibraltar. Las expediciones de los griegos, como no tuvieron mas objeto que los hechos de sus armas, muy poco ó ningun adelanto proporcionaron á la navegacion. En fin, los romanos fueron los primeros que se entregaron á merced del viento en medio de los mares, cuando principió su comercio con los pueblos de la India; pero como el arte de la navegacion se hallaba todavia muy imperfecto, procuraron aprovecharse en sus empresas marítimas, de las corrientes favorables de la brisa que reina en aquellos mares. En consecuencia, los pueblos de la antigüedad solo conocieron; de Europa, las provincias que se encuentran al occidente de Alemania y mediodia de la Gran Bretaña: de África, las costas del Mediterráneo y el golfo de Arabia; y de Asia, las naciones que están situadas entre Europa, la Gran Tartaria y el Ganges. Los demás descubrimientos se debieron al espíritu de las especulaciones mercantiles, como tambien al genio observador de algunos talentos ilustrados. El estudio de la geografia produjo á su vez algunos adelantos; pues la descripcion del globo terrestre que publicó Tolomeo en el segundo siglo de la era cristiana, fué la única guia para otras expediciones que se hicieron en los siglos posteriores.

Aunque los árabes habian hecho curiosas observaciones sobre la figura del globo, no se dieron á conocer en Europa sus investigaciones geográficas hasta el tiempo de las cruzadas, cuando los venecianos establecieron relaciones de comercio con los habitantes de aquel pais.

En el siglo XIII navegaron por el oriente Benjamin, Marco Polo y Juan de Mandeville, cuyas expediciones reanimaron el deseo de ofrecer al mundo conocido el descubrimiento de lejanas tierras. En esta época los genoveses, cuya república se hallaba en alto grado de prosperidad, dispusieron una expedicion de dos galeras para las islas Canarias, y extendieron hasta allí el buen suceso de sus negociaciones mercantiles: á imitacion de ellos algunos navegantes de otras naciones, en el siguiente siglo, especularon con la ventá de esclavos que hacian en aquellas islas y costas de la Mauritania. El siglo XIV vino por último á ser testigo de la invencion de la brújula, que dió á los navegantes la dominacion del inmenso oceano, y á los pueblos la facilidad de cambiar sus mercancías. Esta invencion se debió al ilustre napolitano Flavio Goia. Los normandos hicieron en este mismo siglo algunos descubrimientos, con motivo del espíritu de piratería que dominó siempre en las empresas de estos habitantes; pero hasta entonces no se habian atrevido á emprender lejanas expediciones por mares desconocidos. Estas difíciles y arriesgadas empresas estaban reservadas para los siglos quince y diez y seis.



Los portugueses, despues de haber sostenido grandes y sangrientas guerras con los mahometanos, adoptaron el atrevido pensamiento de enlazar á los laureles de sus triunfos la gloria de las grandes expediciones marítimas; así es que el año de 1411, durante el reinado de Juan I, algunos buques llegaron á adelantarse hasta el cabo de Bojador, navegando por la costa occidental de África; el año de 1418 se verificó el descubrimiento de Puerto Santo; en 1419, el de la isla de Madera; y en breve tiempo los portugueses, adquiriendo reputacion de hábiles marinos, se extendieron hasta mas allá del rio del Senegal. Bartolomé Diaz se atrevió á navegar hasta el cabo de Buena Esperanza en el reinado de Juan II.

Los descubrimientos que con tanto afan se hacian en la parte occidental del mundo, tenian por único objeto encontrar un paso para el comercio con la India Oriental. Cuando los portugueses se proponian descubrir este camino en dicha época, se supo con admiracion del mundo entero que Cristóbal Colon, protegido por la católica reina de España, se habia lanzado á navegar por los desconocidos mares de occidente, y habia arribado á las playas de un Nuevo Mundo. La grandeza de este suceso que produjo importante revolucion en los conocimientos y riquezas de la especie humana, es digno de ocupar distinguido lugar en las páginas de la Historia Universal, al lado de las naciones del viejo mundo; porque esos países del continente americano, que la conquista española levantó sobre las ruinas del poder de sus primeros habitantes, se encuentran reconocidos hoy como naciones libres é independientes; y por eso mismo se han hecho acreedores á que se escriba sobre cada uno de ellos una historia particular, donde se describan los heróicos hechos de muchos siglos. Nosotros, antes de ocuparnos de este árduo y difícil trabajo, nos proponemos dar una breve ojeada sobre los primeros descubrimientos en el nuevo continente, cuyo cuadro servirá de introduccion á la historia particular de cada una de las naciones americanas.

*Primer viage de Cristóbal Colon al Nuevo-Mundo: descubrimiento de algunas islas: la nueva poblacion del puerto de Navidad en Haití (1492).* Don Cristóbal Colon, nacido en la ciudad de Génova, aprendió el latin desde su tierna edad, y se dedicó á los estudios de la cosmografía. En los primeros años de su juventud hizo un viage al polo ártico, en el cual llegó á navegar hasta cien leguas mas allá de Islandia. El afan que siempre tuvo por la adquisicion de esta clase de conocimientos, lo instruyó en la práctica de la verdadera astronomía y en la delineacion de las cartas geográficas. A fines del reinado de Alonso V se presentó en la córte de Lisboa para establecerse en ella; pues el nombre de primeros navegantes del mundo, que los portugueses habian ya adquirido en ese tiempo, le sirvió de estímulo para el deseo de asociarse á sus conocimientos. Los ministros del rey le dieron muy buena acogida; y al poco tiem-

po casó con Doña Felipa Muñiz de Perestrelo, hija del primer poblador de Puerto Santo, con cuyo matrimonio pudo ensanchar el círculo de sus investigaciones geográficas, pues los papeles que encontró en la casa de su difunto suegro, le dieron no pocas luces sobre el origen y objeto de las expediciones portuguesas. Estimulado el ilustre genovés con los descubrimientos que habian hecho algunos de sus contemporáneos, meditó con bastante profundidad sobre las diversas tentativas de los primeros marinos; tuvo noticia de algunos objetos que se habian encontrado en el mar, hácia el occidente del África; consultó los mejores autores clásicos de la antigüedad; y adquirió por último la conviccion de que debian existir otras tierras ó naciones al occidente del viejo mundo; ó por lo menos llegó á persuadirse, engañado por las erróneas doctrinas del árabe Alfragano, que navegando hácia occidente podria encontrarse camino mas corto para la India. Cristóbal Colon tenia el instinto que acompañaba á los grandes ingenios; pero le faltaban desgraciadamente los medios de ejecucion.

El senado de Génova consideró como quimérico su pensamiento. Don Juan II de Portugal, ocupado á la sazón en los descubrimientos que se hacian á lo largo de la costa de África, no atendió con el debido aprecio á sus propuestas; pero no por eso algunos cortesanos dejaron de sondear la ejecucion bajo el mayor sigilo. Cristóbal Colon, que se irritó hasta lo sumo con semejante superchería, pasó el año de 1484 á la córte de los reyes católicos, libre del cuidado de su muger ya difunta, de quien hubo á su sucesor Don Diego, y envió á su hermano Don Bartolomé á Inglaterra para proponer el proyecto á Enrique VII. La constancia y convencimiento de que se hallaba poseido Colon, hubieran podido solamente resistir á los retardos y desaires que á toda prueba sufrió en España por espacio de ocho años; hasta que por último Isabel la Católica, vencida por las persuaciones de dos personajes instruidos de la córte, tomó el proyecto bajo su soberana proteccion, mandando asentar el convenio conforme á los deseos del ilustre genovés. Sus capitulos comprendian las siguientes concesiones: 1.ª El almirantazgo de todas las islas y tierras-firmes que descubriese en los mares de occidente, como tambien el derecho de disponer para sus sucesores de las preeminencias y prerogativas de dicho oficio; 2.ª El vireinato y gobierno general de las mismas islas y tierras-firmes; y en cuanto á la gobernacion particular de cada isla ó provincia, debia presentar tres individuos á los reyes católicos, para que éstos eligiesen uno á su satisfaccion; 3.ª La décima parte líquida de todas las mercancías que se adquiriesen ó comprasen en los limites del almirantazgo; 4.ª El conocimiento en los pleitos que sobre dichas mercancías pudieran suscitarse; y 5.ª El derecho de contribuir con una octava parte en los buques que se armaren para dicho tráfico, debiendo en consecuencia disfrutar de la octava parte de las utilidades. Confor-



me á estos capítulos se le dió despacho en forma, á 30 de Abril de 1492; y los católicos reyes escribieron cartas á los monarcas que debian reinar en oriente ú occidente, para que diesen buena acogida á su intrépido almirante.

La reina Isabel, ilustre por mil títulos en los anales de España, tomó el mayor empeño en procurarle los medios de poner en práctica su proyecto de viage al occidente del mundo conocido; y el 3 de Agosto de 1492, en presencia de un concurso numeroso del pueblo, castellano salió del puerto de Palos (Andalucía) con tres buques muy mal equipados, á saber: la Santa María, la Pinta y la Niña. Despues de haber arribado á la Gomera, una de las islas Canarias, dió la vela el 6 de Septiembre hácia el occidente por medio del anchuroso oceano. Los vientos lo condujeron en breve tiempo á grande distancia de su punto de partida; y como advirtiese que los tímidos marineros comenzaban á llenarse de inquietud con las ideas de una cierta perdicion, tuvo que revestirse de extraordinaria energía para reprimir el general descontento, valiéndose al mismo tiempo de ficciones, promesas y alhagos. El mar le daba cada dia multiplicadas señales de la existencia de las tierras que buscaba, y cada vez el espíritu de insubordinacion se hacia mas notable entre sus compañeros de viage; hasta que por último, viendo casi amotinadas las tripulaciones de los buques, prometió que si dentro de tres dias no descubria tierra, volveria á tomar inmediatamente el camino para Castilla. La providencia quiso que divisase en la noche del 11 de Octubre, desde el castillo de proa, una luz que se movia á alguna distancia. Dos horas despues de media noche la tripulacion de la caravela Pinta, cuyo buque se hallaba mas adelantado que los otros, dió con indecible entusiasmo el grito de *tierra*. Al siguiente dia toda la gente contempló las playas de una isla todavia virgen en vejetacion, cuyos arroyos y arboledas amenizaban el terreno por todas partes: los naturales la conocian con el nombre de Guanahani, que es una de las islas Lucayas, distantes de Canarias noventa y cinco leguas; pero Cristóbal Colon la llamó en lo sucesivo San Salvador, ora porque su descubrimiento fué para él una verdadera salvacion, ora porque quisiese consagrar á Jesucristo las primicias de sus expediciones marítimas.

Los tímidos y sencillos habitantes de esta isla, tan pronto como vieron acercarse la escuadra expedicionaria, la contemplaron en medio del mayor sobresalto y admiracion. El almirante saltó á tierra con bandera desplegada, en compañía de sus dos capitanes Martin Alonso Pinzon y Vicente Yañez; tomó solemne posesion de ella en nombre de los reyes de Castilla; y repartió entre los naturales que lo miraban atónitos, algunas cuentas de vidrio y otros objetos de corto valor. Los isleños tenian la cútis de color aceituno, la fisonomía agradable, y el cuerpo pintado caprichosamente de negro, blanco ó encarnado. Todos acudieron el dia 13 á los buques para

contemplar con admiracion cuanto veian al rededor suyo. El almirante tomó seis indios para llevarlos á Castilla; determinó continuar el curso de sus descubrimientos por la noticia que adquirió de la existencia de otras tierras; y el dia 15, despues de haber navegado siete leguas, se acercó á las playas de otra isla que llamó la Concepcion, cuyos habitantes no se diferenciaban en nada de los otros. De este modo descubrió sucesivamente la Fernandina, la Isabela y Cuba.

El 19 de Noviembre salió de Puerto-Príncipe, situado en las costas de Cuba, y tomó la direccion de levante en busca de una isla, donde los indios le decian que debia encontrar gran cantidad de oro. Habiendo navegado cuatro dias combatido por vientos contrarios, se vió precisado á regresar por último á las playas de Cuba; llevando el sentimiento de que Martin Alonso Pinzon, capitan de la Pinta, se habia separado de los otros buques y adelantado en el curso de su viage. El almirante volvió á emprender su navegacion, y habiendo llegado diez y ocho leguas mas allá del extremo oriental de Cuba, divisó un hermoso puerto que llamó San Nicolás, en otra isla que los naturales conocian con el nombre de Haití: en seguida tomó la direccion del norte, recorrió mucha parte de la costa y arribó á un puerto que nombró Santo Tomás, de donde distaba cuatro leguas la residencia del poderoso Guacanagari, uno de los cinco reyes que tenian bajo su gobierno á los caciques del norte de la isla. Colon le puso el nombre de la Española, en honor de la nacion que tuvo á bien proteger su atrevida y gloriosa empresa. Guacanagari recibió á los castellanos con muestras de señalado aprecio y distincion, circunstancia que fué muy favorable á los proyectos del almirante, cuyas intenciones eran fundar una poblacion en esta isla con algunos compañeros de viage; pues creyó ver en su cielo y producciones alguna semejanza con los reinos de Castilla.

Un accidente imprevisto reanimó sus intenciones. Uno de sus buques, á consecuencia del abandono del timonero, se deshizo desgraciadamente contra los arrecifes de la costa; y á no haber sido por el auxilio y generosa ayuda de Guacanagari, muchos hubieran perecido y nada se habria salvado; pero los naturales de la isla, cuyas costumbres eran blandas y afables en sumo grado, le sirvieron con la misma religiosidad que hoy puede hacerlo el pais mas civilizado. El almirante, despues de haber obtenido el consentimiento del monarca indígena, mandó construir una torre de madera con su foso en rededor. La obra se concluyó en menos de diez dias, y para ella sirvieron los materiales del buque destrozado. Eligió treinta hombres para la custodia de esta fortaleza; les nombró un capitan á su satisfaccion; dispuso que se quedasen con ellos un escribano, un carpintero de ribera, un buen artillero y otros útiles artesanos; los proveyó de vino, bizcocho y otros bastimentos; y les dió, en fin, saludables consejos sobre la conducta que debian obser-



var con los naturales. A esta naciente poblacion de cristianos, la primera que se fundó en América, tomó el nombre de fuerte de la Navidad. Cristóbal Colon, habiendo recomendado á Guacanagari los colonos europeos, dispuso volverse á Castilla para revelar al mundo los secretos del Océano.

*Regreso de Colon á España: concesion hecha por la santa Sede á la corona de Castilla: reclamaciones del rey de Portugal: segundo viage de Colon al Nuevo-Mundo: fundacion de la Española (1493).* El 4 de Enero salió del puerto de Navidad con el único buque que pudo conservar de su escuadrilla. A los pocos dias de navegacion tuvo la fortuna de encontrar la caravela Pinta, cuyo capitan procuró disculpase del mejor modo posible, aunque el almirante llegó siempre á comprender que habia rescatado mucho oro, y lo habia distribuido por mitad entre él y sus compañeros; pero su prudencia y sabiduría le hicieron mirar con disimulo este primer acto de defeccion, porque las circunstancias no eran á propósito para tomar enérgicas medidas. Prosiguió su viage observando con el mayor cuidado los hermosos puertos, los altos montes é innumerables cabos de la isla de Haití ó la Española. El 12 de Febrero una furiosa tempestad puso los buques en bastante peligro; pero Colon, que consideraba el descubrimiento del Nuevo-Mundo como la gloria de su nombre, viendo que todo iba á desaparecer en el sepulcro de los mares, escribió á toda prisa en pergamino la sucinta relacion de su viage, la envolvió en un paño encerado que colocó dentro de un barril, y lo arrojó en seguida al mar para que las olas pudieran llevarlo á una playa habitada; pues era la única esperanza que le sonreia en medio de sus peligros. Cristóbal Colon estimaba su descubrimiento en mas que su propia vida.

La tempestad desapareció por encanto: el dia 18 descubrió la isla de Santa María, una de las Azores, donde fueron violentamente aprehendidos unos cuantos marineros, que habian desembarcado en ella para cumplir un voto de piedad. El almirante los reclamó con su natural energía; y habiéndosele respondido que el rey de Portugal, á quien pertenecia la isla, les habia dado expresa orden para aprehender á él y á sus compañeros, mostró ante un escribano las provisiones de los reyes de Castilla, y los marineros fueron puestos inmediatamente en libertad. El 2 de Marzo sufrió otra tormenta tan furiosa como la primera; hasta que por último el buen tiempo lo condujo al puerto de Lisboa, cuyos habitantes se llenaron de admiracion al ver los sencillos naturales de las Indias Occidentales, los cuales pisaban por primera vez las viejas playas de Europa.

Hallándose á la sazón el rey de Portugal en Valdeparaiso, comarca de Santaren, escribió al almirante con el objeto de pedirle una entrevista; y éste, para no mostrarle la mas mínima desconfianza, se puso desde luego en camino con direccion al lugar de su re-

sidencia, donde los caballeros de la Real Casa salieron á recibirle y se acompañaron hasta palacio con muestras de las mayores distinciones. Entonces le manifestó el rey que la conquista del Nuevo-Mundo, segun las capitulaciones que habia con los reyes de Castilla, pertenecia de derecho á la corona de Portugal; pero el almirante se limitó á contestarle que sus instrucciones, las que se habian pregonado en todos los puertos de Andalucía, solo le prohibian que tocase en el curso de su navegacion las costas occidentales del África. Sin embargo del sentimiento que experimentaba el rey al considerar la presa que se le habia escapado de entre las manos, observó con su ilustre huésped las caballerosas distinciones del siglo, y aun desechó un horrible proyecto de asesinato que algunos le propusieron. El almirante determinó su viage para España á los muy pocos dias.

La villa de Palos, que al fin vió realizado el descubrimiento de nuevas tierras, le recibió el 15 de Marzo con solemne procesion pública y general regocijo de toda la poblacion. Todavía fué mayor la alegría que se difundió en la ciudad de Barcelona, residencia entonces de los reyes de Castilla, cuando se supo que el almirante iba en persona á referirles los acontecimientos de su extraordinaria expedicion. Los personajes de la corte y cuerpo municipal le hicieron solemne recibimiento á vista de un numeroso concurso del pueblo, y lo acompañaron hasta el real sòlio que se hallaba colocado en la plaza pública para mejor honrar el feliz suceso de la gloriosa empresa. Cristóbal Colon llegó á presencia del rey que lo recibió en pie, dobló ambas rodillas, ocupó luego un asiento delante de las reales personas, y les dió cuenta en alta voz de su viage y descubrimientos. Los cantores de la Capilla de los reyes cantaron en seguida el *Te-Deum Laudamus*. Este dia y los demás que permaneció el almirante en Barcelona, la nobleza y altos funcionarios le tributaron los mayores honores y distinciones. Jamas el hombre del pueblo fué elevado en España á tan digna como merecida reputacion.

Los reyes de Castilla, cuyo piadoso celo por la religion les mereció el sobrenombre de católicos, dieron cuenta inmediatamente del descubrimiento de las Indias al sumo pontífice Alejandro VI, que no solo recibió grande satisfaccion al considerar el nuevo camino que se abria á la conversion de los infieles; sino que tambien, mediante acuerdo del colegio de cardenales, despachó bula concediendo á los monarcas españoles el soberano imperio y navegacion del Nuevo-Mundo, para que de ese modo pudieran mejor emplear su cuidado y solicitud en la predicacion del cristianismo. Desde entonces los reyes de Castilla creyeron de buena fé que les pertenecia el dominio de las Indias Occidentales, cuya buena fé se aumentó cuando merced á sus cuidados, las vieron convertidas de la idolatría é ignorancia al cristianismo y civilizacion. El historiador Mu-



ñoz dice (1): „Ni se ponía dificultad en que fácilmente se iría su-  
 „tando al imperio español cuanto llegase á reconocerse. Por donde  
 „se esperaba difundir la luz de la cultura europea y de la religion de  
 „Cristo entre infinitas naciones bárbaras é infieles. Bien tan grande,  
 „que él solo se creia bastante para justificar cualesquiera guerras y  
 „conquistas que se emprendiesen por conseguirlo. Tal era la opi-  
 „nion generalmente recibida en aquel tiempo: no diré si la mas sana  
 „y conforme al Evangelio y espíritu del cristianismo, cuya potencia  
 „consiste en la virtud de Dios, cuyas armas son la exhortacion,  
 „la paciencia, los trabajos; y cuya propagacion parece debiera en to-  
 „dos tiempos procurarse por los medios únicos que enseñó su divino  
 „Autor, y usaron sus Discípulos é imitadores con asombroso fruto.  
 „Pero la práctica de los cuatro últimos siglos, desde el principio de  
 „las famosas cruzadas, habia consagrado la guerra contra infieles  
 „á título de quitar obstáculos al progreso de la religion. Cuantos no  
 „creian en Cristo eran enemigos; echarlos de sus posesiones, una  
 „obra santa. Los príncipes cristianos que mayores fuerzas emplea-  
 „ban en ello, esos eran reputados por mas piadosos, y nadie les dis-  
 „putaba el derecho á semejantes conquistas. Por estos principios de-  
 „bió nuestra córte calificar de justa y legitima la posesion tomada  
 „de las islas y tierras firmes del mar Oceano, y de santo el propó-  
 „sito de sujetarlas á la corona de Castilla. Por lo mismo sin duda pa-  
 „reció no ser necesario impetrar bula pontificia. Mas como la erra-  
 „da opinion sobre el poder temporal de la santa Sede para disponer  
 „á su arbitrio de las tierras de infieles estuviese á la sazón muy  
 „valida, se adoptó por mas seguro el dar cuenta de todo al sumo  
 „pontífice Alejandro VI, solicitando la gracia de las regiones des-  
 „cubiertas y por descubrir en el oceano occidental. Fuera de que  
 „era muy conveniente la bula para preocupar á los pueblos y aun  
 „á los monarcas de la cristiandad, y sobre todo para cortar en su  
 „raiz las pretensiones y diferencias que podria suscitar la córte de  
 „Lisboa.”

El rey D. Juan II de Portugal, fundándose en una bula de Mar-  
 tino V que concedía á esta corona los descubrimientos que hicieran  
 sus navegantes desde el cabo Bojador hasta la India, procuró hacer  
 valer ante los reyes de Castilla sus derechos á las tierras descubier-  
 tas por Colon; pero éstos desentendiéndose de la concesion apostóli-  
 ca, alegaron á su debido tiempo los derechos que otorgan las leyes  
 al primer ocupante. El papa Alejandro VI, oidas las reclamaciones  
 de ambos soberanos, declaró que sirviese de línea divisoria á las  
 conquistas de las dos coronas, el meridiano que pasa á cien leguas  
 al occidente de las islas Azores. Sin embargo de esta declaracion,  
 el rey de Portugal continuó manifestándose hostil á las intencio-  
 nes del trono español; y si un convenio no hubiera cortado felicemen-

(1) Historia del Nuevo-Mundo, lib. IV.

te las diferencias, se habrian alterado sin duda alguna los lazos de  
 amistad entre ambas potencias. El convenio se celebró en Torde-  
 cillas el 7 de Junio de 1494; y por él se estableció la línea de demar-  
 cacion á trescientas setenta leguas al occidente de las islas de Cabo  
 Verde, y se concedió libre navegacion á los súbditos españoles por  
 los mares de la corona de Portugal, sin desviarse de sus ordinarias  
 derrotas.

Entretanto Cristóbal Colon, despues de haber recibido tan buena  
 acogida de la córte española, se ocupaba de hacer con diligencia  
 los preparativos para un segundo viage al Nuevo-Mundo. El 15 de  
 Septiembre salió de la bahía de Cádiz con diez y siete buques y  
 mil quinientos hombres, llevando además trece misioneros para que  
 predicasen el Evangelio á los naturales de las Indias. El 3 de No-  
 viembre descubrió con buena navegacion la Dominica, una de las  
 islas Antillas, que tiene dos leguas de extension sobre seis de an-  
 chura: el mismo dia desembarcó parte de su gente en otra isla que  
 llamó Marigalante, y de ella tomó solemne posesion en nombre de  
 los reyes de Castilla. De tal modo descubrió sucesivamente las is-  
 las Guadalupe, Peñas de Monserrate, Santa María la Redonda,  
 Santa María la Antigua, San Martin, Santa Cruz, San Juan Bau-  
 tista, y otra multitud de islas que se encuentran en el mar de las  
 Antillas, á corta distancia unas de otras.

No queriendo detenerse por mas tiempo en el exámen de estas  
 pequeñas islas, cuyos habitantes eran antropófagos ó caribes, dió la  
 vela con direccion á la Española, y llegó el 28 de Noviembre al  
 puerto de Navidad. Los castellanos que se habian quedado para  
 custodia de la fortaleza, un mes antes habian sido víctimas de sus  
 divisiones y deshonestidades: pues Caonabó, poderoso cacique de  
 la provincia de Cibao, cansado de los robos que hacian de continuo,  
 vino sobre ella con innumerable gente, y mandó quemar su torre  
 y habitaciones: los cristianos dispersos fueron asesinados por los is-  
 leños. Cristóbal Colon se llenó de pesar é indignacion al oír el re-  
 lato de este triste acontecimiento, que le refirió el mismo rey Gua-  
 canagari, cuyo celo en defensa de los Españoles contra sus enemi-  
 gos puso en bastante peligro su vida; pues cuando supo que Cao-  
 nabó habia sido el autor del incendio de la fortaleza, le presentó ba-  
 talla en sus mismos dominios, y en ella recibió varias heridas que  
 lo postraron en cama, cuyo noble comportamiento lo excusó de to-  
 da responsabilidad. Sin embargo, algunos historiadores no han  
 dejado de concebir cierta sospecha respecto á su conducta.

Cuando el almirante hubo observado que la provincia no era  
 muy á propósito para fundar una poblacion, siguió la costa hácia  
 el oriente, llegó á un rio que desagua en el mar, y desembarcó su  
 gente en un pueblo de indios, donde empezó á construir la primer  
 villa que se conoció en las Indias. La fertilidad del terreno, la  
 abundancia de piedra y cal, la pureza de las aguas, y otras muchas



circunstancias, contribuyeron á que se formase una hermosísima colonia, que nombró el almirante la Isabela en recuerdo de su católica soberana.

La mudanza de temperamento y la escasez de comestibles, pues los del país eran muy sustanciosos, causaron alguna mortandad entre los nuevos colonos; pero el esquisito cuidado del almirante alivió en cuanto pudo sus dolencias y sinsabores. En tales circunstancias no solo despachó doce buques á Castilla para que se le proveyese de bastimentos; sino que también envió á Alonso de Ojeda con quince soldados á reconocer la riqueza del territorio, á fin de distraer la tristeza de sus compañeros con mas útiles y productivos trabajos. Alonso de Ojeda anduvo diez leguas por terrenos deshabitados, divisó en una vega multitud de poblaciones que le dieron muy buena acogida, contempló con admiración en Cibao la abundancia de oro en granos, y regresó llevando consigo muchas muestras de las riquezas de aquellas privilegiadas tierras. Los compañeros del almirante empezaron á sonreír en medio de los encantadores sueños de una futura prosperidad.

*Descubrimiento de Jamaica: llegada de Don Bartolomé Colon á la Española: prision de Caonabó. (1494).* Sin embargo de las consideraciones que el almirante usaba con los castellanos, hubo ingratos entre ellos que formaron su plan de conspiración, inducidos por el contador Bernal Diaz de Pisa; pero el pronto y eficaz castigo de los delincuentes pudo volverlos á la obediencia. Tan pronto como se hubo sosegado el espíritu de insubordinación, tomó sus determinaciones para penetrar en la provincia de Cibao, á cuyo efecto mandó reunir todas sus herramientas y útiles necesarios para la construcción de una fortaleza en dicho punto, dado caso que sus riquezas reclamase el establecimiento de otra colonia. Salió de la Isabela á la cabeza de sus escuadrones con banderas y tambor batiente, cuyo estrépito introdujo desde luego el miedo entre los sencillos naturales; y á fines de Marzo, despues de haber vadeado multitud de rios, empezó á trepar por las altas sierras de la provincia de Cibao, cuya riqueza y hermosura llenaron del mas vivo entusiasmo á la gente de Castilla: pues además de las minas de oro, descubrieron una veta de cobre, otra de fino azul, y otra de ámbar ó succino. El almirante mandó construir inmediatamente de tapia y de madera la fortaleza de Santo Tomás sobre el cerro de Janique. Su guarnición se compuso de cincuenta y seis hombres al mando de Don Pedro Margarite.

El almirante regresó poco despues á la Isabela, donde tuvo el sentimiento de encontrar disminuido el número de sus castellanos; porque habian muerto á consecuencia del hambre y enfermedades del clima. Con tal motivo volvió á levantar cabeza entre ellos el espíritu de insubordinación, que protegía en cierto modo la piedad mal entendida de uno de los misioneros. En tal conflicto supo el almi-

rante que el rey Caonabó hacia preparativos para destruir la fortaleza de Santo Tomás: en consecuencia desde luego determinó que fuese á ocuparla el valiente Alonso de Ojeda con cuatrocientos hombres escogidos; y que Don Pedro Margarite saliese con su gente á recorrer la provincia, sin dejar de aprovechar la ocasion de dar á los indios un buen ejemplo de la superioridad de los cristianos. Alonso de Ojeda salió de la Isabela el 15 de Abril; pero antes de llegar á la fortaleza amenazada, logró aprehender felizmente á un cacique y á varios indios, de quienes los castellanos habian tenido fundados motivos de quejas. De tal modo se sosegaron por entonces los rumores de alarma.

Desearo el almirante continuar el curso de sus descubrimientos, formó en la Isabela un consejo de gobierno presidido por su hermano Don Diego, y dió la vela el 24 de Abril con tres buques hácia el poniente de la isla. Recorrió los puertos de Navidad y San Nicolás; atravesó el golfo que existe entre la Española y Cuba; siguió por la costa meridional de esta isla hasta mas allá de Puerto Grande; y descubrió al Sudeste la isla de Jamaica, cuyos habitantes se obstinaron en hacerle resistencia desde sus canoas; pero habiendo hecho los castellanos uso de sus armas, les causaron algunos muertos y heridos. Los vientos contrarios le hicieron volver á tomar las costas de Cuba; y esta vez adelantó su navegacion hasta la isla de Pinos, que se encuentra á treinta y seis leguas del Cabo de San Antonio, extremo occidental de Cuba. Habiendo examinado muy por encima las sencillas costumbres de los naturales, que tenian ya conocimiento de la inmortalidad del alma, determinó regresar á la Isabela á causa de la escasez de víveres, y llegó á ella el 29 de Septiembre combatido siempre por horrosas tormentas. El almirante se encontró con dos novedades: la llegada de su hermano Don Bartolomé á la Española, y el estado de insurrección que guardaban los naturales de esta isla.

Don Bartolomé Colon, persona muy recomendable por su valor y conocimientos militares, aunque algo áspero de carácter, habia empleado siete años en concertar con el rey de Inglaterra el proyecto de su ilustre hermano. Cuando se dirigia á Castilla en busca suya, supo en París que habia ya verificado el descubrimiento de las Indias Occidentales, y á su llegada á España se encontró con las nuevas de la segunda expedición. Los reyes católicos, no sin haberle distinguido con las mayores honras, le dieron el mando de tres buques cargados de víveres, con los cuales emprendió su viage á las tierras del Nuevo-Mundo, valiéndose de las instrucciones de su hermano durante el curso de su navegacion. El almirante, que vió en Don Bartolomé la persona que pudiera ayudarlo sinceramente en sus fatigas, recibió extraordinario júbilo al estrecharlo entre sus brazos, y lo condecoró con el título de Adelantado.

Los desórdenes de algunos castellaunos, durante la ausencia de